

Michina

Del autor:

Mariano Gil de Vena

Depósito legal: LU-189-1995

Con mis mejores deseos para este año '95

*No es el resplandor del brillo
lo que ciega mis ojos.
Ni la oscura noche de luna clara,
a esa hora en que cesan los suspiros,
y pedimos,
rogando que la muerte nos respete un día más.*

*No, no es el silencio de los ruidos,
ni el callar obligado del que nunca habla.
No es la voz del que acusa al sin delito,
ni el gesto débil del gallardo traidor,
a esa hora en que muere la razón,
y nos quedamos a solas, en compañía del orgullo.*

*“Dicen algunas lenguas, Susana de Juan,
que un día una joven doncella,
por un torpe galán se vio asediada.
Tan altivo como descuidado,
tan arrogante como sincero.
Que brindó su espada al amor,
Para la consecución de un reino.
Irreal, casi imposible, eterno.*

*Dicen algunas lenguas,
que la doncella no supo entenderlo,
que eligió el calor, al mundo por montera,
que prefirió la vestimenta, a la desnudez de nada,
que quiso dar a luz una hija,
cuyo padre no fuera un poeta.*

*Dicen, eso dicen algunas lenguas,
que bien vive la joven doncella,
que nada le ha de faltar
comida, vestidos, joyas, todo lo podrá comprar.*

*¡Ay que ver! ¡Cómo es la vida!
Susana de Juan, Susana,
que hasta hay malas lenguas que gritan*

*que vive ella tras la mirada,
que hay días que recuerda,
que hay noches que el tiempo pasa...*

*Mientras aquel torpe aprendiz que otrora...
caballero andante, cabalga.
Blandiendo su espada, cual guitarra,
batiéndose en mil batallas.*

*Durmiendo la noche a un lado del camino,
soñando ser, junto a su amada,
Y despertar para partir al alba,
"Cantando al sol, como la cigarra".*

Fdo: Mariano Gil de Vena (*"hermano" de Zacarías Juan, Carín*)

Michina

“La vida es un intenso momento,

medido por un reloj sin tiempo,

que late gracias al Amor.

Cuando se deja de amar, cae el reloj,

aparece el tiempo y...

Todo termina.

Porque sí tiempo,

no hay vida,

y sin vida,

no hay Amor”.

Aún no se había puesto el sol, cuando mi hermano y yo decidimos irnos a jugar a un salón amplio y vacío que había en casa.

Ese día los juguetes estaban recogidos, así que decidimos improvisar y no recuerdo bien cómo fue, pero terminamos desnudos frente a frente, tocándonos como en un intento de descubrirse a sí mismo a través del cuerpo del otro.

En un instante la cena estaba servida, nos vestimos con urgencia y acudimos al comedor. Había que darse prisa, ya había salido "cleo" por la tele y la novela que venía a continuación no estaba exenta de unos ciertos tintes macabros (alguien le cortaba la cabeza a una mujer cuando ésta se hallaba en la cama).

En ese instante me advirtieron, mi hermano también, y yo escondí la cabeza en el sofá, dando un salto de la silla. Así fue como me quedé dormido.

Desperté cuando mi padre me cogió en brazos para llevarme a la cama; por suerte que mi hermano y yo dormíamos juntos, y así, abrazándole con todas mis fuerzas, conseguía dormir algunas horas.

Era tanto el miedo a la oscuridad, a la soledad, y a la muerte, como grande el consuelo de una piel, el calor de un cuerpo, el sonido de su respiración. Sólo así se creaba mi equilibrio, una especie de cóctel de no-soledad y agotamiento, que permitían que el sueño me venciera.

Pero aquella noche era especial: los nervios, las prisas de última hora, y más tarde los continuos vestirse y desnudarse probándonos el traje, me impedían conciliar el sueño.

No podía pensar en otra cosa que no fuera que a la mañana siguiente te iba a conocer, y no sabía si en realidad mi excitación se debía a la curiosidad, a la alegría o al miedo.

¡Tantas cosas en poco tiempo había oído hablar de ti...!

Todo lo que tenía que hacer era vencer esa noche, y en unas horas estaríamos por fin, cara a cara.

Abracé a mi hermano con todas mis fuerzas y dejé que me llevara al nuevo día.

Apenas había podido dormir la noche anterior. Los nervios, las prisas de última hora... Todo el mundo estaba feliz esa mañana, en el tocadiscos sonaba una canción. Todo el mundo sonreía. Todos menos yo. No sabría decir cómo me sentía, alegre, temeroso, feliz, orgulloso, importante, impotente... No lo sé. Sólo sabía que ese día te iba a conocer, y que no apareciste.

*“Tranquilo y sereno
en mi soledad oculta,
voy marcando la pauta
en mi alejamiento del mundo.*

*Y como animal que soy,
y ser que piensa,
veo la claridad de un ser que se ausculta,
a través de un prisma lleno de colores”.*

Todas las luces de la casa estaban encendidas, los armarios abiertos, ropa encima de las comas... Sonó el teléfono.

Era mi padre para decirme que mi hermano acababa de tener un accidente con el coche de mi padre, que estuviera tranquilo, y que permaneciera en casa por si llamaba alguien.

Colgué el teléfono y me dirigí a la habitación de las dos camas. Sobre la mesita de noche había un Cristo. Me arrodillé, pero no podía llorar. Lo intenté pero no podía, ni aún pensando en la muerte... ni una sola lágrima.

A la mañana siguiente antes de entrar en la habitación de hospital, mis padres me advirtieron de la gravedad del estado de salud de mi hermano, de la máquina a la que estaba conectado, de los tubos que rodeaban su cuerpo.

Sentí que el suelo estaba cerca; aún recuerdo mientras escribo el olor del hospital, el calor de la habitación, sofocante, denso, irrespirable.

No tenía que llorar.

No podía rendirme al dolor, y a pesar del estado nauseabundo en el que me encontraba, sonreí al abrir la puerta.

Allí estaba, al fondo izquierda de la habitación.

En pocos segundos sus ojos al verme se llenaron de lágrimas; apenas podía girar la cabeza. Intentó contener el llanto, con lo que le entró una especie de hipo y sus fosas nasales se llenaron de mucosidad. Yo avanzaba lentamente hacia él, sin apartar mis ojos de su mirada. Llegado, así su rostro entre mis manos y como si de un rito sacro se tratara, suavemente descendí a sus labios.

Nunca tanto amor.

Nunca tanta entrega.

Jamás ser alguno había conseguido arrancarme el corazón en dos segundos, en lo que dura un beso... toda la vida.

Comprendí que él no iba a morir, al sentir dentro de mi el estallido de una fuerza infinita.

Quién había gritado en medio de este silencio: Te amo.

En ese instante me acordé de ti, y me pregunté si tú lo habrías conseguido, si al igual que mi hermano, hubieras sido capaz de apoderarte de mi en ese beso.

Lo cierto es que dudé, pero no quise decir no.

A pesar de que habían transcurrido casi doce años desde aquel día y cierto es que los cuatro últimos apenas mantuvimos relación, sabías por algún otro mensaje cómo había traspasado la frontera de mi niñez.

Desde aquel mayo del 70 en Vigo que no apareciste. Mis padres se habían ido a trabajar fuera, y mi hermano y yo quedamos separados por espacio de casi doce años.

Hacía unos meses que yo había vuelto a casa de mis padres, aunque conservaba libros y ropa en casa de mis abuelos maternos.

Y aquí me tienes... Sosteniendo el rostro de mi hermano, con cuidado de no tocarle las heridas producidas por los cristales.

Atado a sus labios con la misma fuerza que el hombre a su pasado, y preguntándome si tú también serás capaz, si también tú, algún día...

*"Hacer un nudo mis sesos
para nunca olvidar.
Encerrar mi corazón en un puño,
y guardármelo en el bolsillo.*

*Donar mis ojos al viento
para que la luna apague una luz.*

*Gritar a viva voz en el desierto,
y que a persona alguna llegue un gemido.*

*Rasgar mi conciencia
con la daga de mi pensamiento,
y perdonarme haber nacido.*

*Romper las cadenas de mis sentimientos
para embriagarme de libertad.*

Dibujar emociones.

*Crear un cuadro donde tú vistas de blanco
y acabado, yo destruya el pincel que vio tu faz.*

*Dibujar rompiendo,
rasgar gritando,
destruir encerrando...*

*Vivir haciendo un nudo mis sesos,
y nunca olvidar-te"*

*“Una vez más,
la muerte llama a mi puerta.
Pero esta vez para quedarse...”
Otoño del 85*

*Sonaba el timbre,
Se abría la puerta,
Entraba la gente y cerraban.
Sonó el timbre se abrió la puerta,
pero yo no quería entrar.
Silencio... varios pasos al frente.
Ya estaba en el hall, a ala derecha la columna,
a la izquierda el espejo donde tantas mañanas
me había mirado antes de salir a la escuela.
¡Qué mala suerte!
La puerta de la habitación estaba abierta: y acostado en el lecho donde yo
había dormido los últimos cinco años, él.
Con los ojos cerrados.
Muerto un sueño, por primera vez te conocí.
Muerte.
Allí estabas, al otro lado del espejo.
Frente a mí, tras de mí.
Inalcanzable.
Viviendo dentro de ese cuerpo, mi abuelo,
mi amigo,
mi padre.
Silencio... varios pasos al frente, para ganar el luengo pasillo.
Interminable.
Al fondo en el comedor los invitados, mi abuela en la mecedora, mi tía-
hermana a su lado.*

Llanto desgarrado, estruendo, gemido.

*Olor a tormenta de lágrimas
Lluvia sobre la acera del destino.*

*Furia, ira, ineludible suerte, miedo.
¡Silencio! Habla la muerte.*

Silencio...

Os miro.

*Calle el tiempo para que hable la vida,
En esta postal al final del pasillo,
Donde todos estamos.*

La muerte, vosotros, y yo.

Y él.

Con los ojos cerrados.

Y tú.

Por fin, Tú. Dios mío.

¡Tanto tiempo!

Siempre esperando...

*“Hoy tomo a la muerte por amante,
y a ti Dios mío, por mi Dios,
para esta espada que es mi vida,
usar en Tu nombre sin temor;
que no ha de morir a nadie,
quien todo lo hace por Amor”.*

*Cuánto me hubiera gustado ver Tus ojos,
oír Tu voz, que no la mía.
seguro de saberte, a la muerte me abrazo,
a pesar del miedo, del tiempo y de los hombres,
sé, que no he de dejar de morir.*

Solo así,

la vida estará conmigo.

Solo así, venceré a la muerte,

y él vivirá.

Aunque siempre le veamos con los ojos cerrados.

*“El adiós,
es sólo la ironía,
de aquel que se va,
sabiendo que nunca,
estará ausente”.*

(a la memoria de mi abuelo).

Y así fue como comencé tu búsqueda, en lugar de esperarte. Intentando hallarte en el corazón de las gentes, en la naturaleza, en el bar, y en la soledad, y en el arte.

Elegí de un modo más concreto este último camino, por considerar que en un entorno de sensibilidad y creación, me resultaría más fácil, así como el hecho de que todo nacería de la experiencia con los demás, tendría el añadido atractivo de retornar a los demás en forma de mensaje.

Pronto advertí que quizás fuera el camino, debido sobre todo, a que el “brillo” de la fama, la conquista del reconocimiento, y la admiración, no eran los motivos de mi empeño.

A caballo entre la danza y el teatro; el teatro y el cine, el cine y la pintura; la pintura... la luz.

Algo estaba ocurriendo, sin darme cuenta.

De una manera casi involuntaria, comencé a pintar temas religiosos, pasajes del Nuevo Testamento.

Advertí enseguida, que faltaba algo, y que ese algo no era otra cosa que estudio. De una parte era lógico. Hasta entonces mi proceso pictórico había sido claro: los cuadros nacían de experiencias personales, de poesías que previamente había creado, y posteriormente trataba de un modo pictórico.

Así la pintura se convertía en un juego en el que trataba de encerrar en un lienzo el sentimiento, la emoción, el pensamiento, que anteriormente había reflexionado y escrito.

¿Cómo plasmar en un lienzo algo tan íntimo como una poesía? ¿Cómo vestir de luz una emoción?

¿Y un sentimiento?.

Quizás por eso, la pintura me absorbió de tal manera que había días en que no dormía o comía, por no detener ese proceso de abstracción (poesía-lienzo)

Creo que por esa misma razón me vi obligado a leer aquellos pasajes del N. T., que decidía más interesantes a la hora de pintar, y hacer un estudio de ellos.

Lo cierto es que no deja de ser entretenido, ya que un mismo hecho, en ocasiones tiene cuatro versiones que, aunque no contrarias, ni una excluya a la otra, si a menudo tienen matices distintos. Analizándolos desde un punto de vista personal y subjetivo, fui tratando los temas, y reflejándolos en el lienzo que correspondía a cada tema.

Aún así, sentía que algo faltaba, y como hombre ambicioso que soy, sediento de conocimiento intuí que el compromiso había de ser mayor.

¿Dónde estaba la fuente en la que beber?

¿Quién era la persona, en qué lugar...?

Decidí irme a Roma.

A mi llegada, algo dentro de mí había cambiado.

Sentía que no quería entrar en el Vaticano, es más, que no debía.

Aquel lugar que años atrás sobremanera me había impresionado. La primera y única vez que una escultura (La Piedad), me había emocionado, pero... no.

El Belén de la Plaza de S. Pedro... las luces, no lo sé.

Durante el mes que duró mi estancia, fui a diario a la plaza, pues hice de ella paso obligado para ir a la casa donde me alojaba, pero nunca entré.

Pensé que tal vez, tener una experiencia como misionero, me ayudaría a la hora de trabajar la pintura, y al mismo tiempo, también me acercaría a un crecimiento personal que comenzaba a sentir, necesitaba.

Contacté con numerosas congregaciones, pero ninguna me aceptaba sin experiencia, o sin una preparación de varios meses, incluso años.

Infructuoso todo intento de partir a las misiones en un espacio breve de tiempo, yo estaba dispuesto a salir desde Roma si era necesario, acabé pensando que probablemente no era necesario ser misionero para ser un buen cristiano.

Pero si algo quedó de todo esto fue el "poso", un tanto amargo, de comprobar que ciertos valores como la solidaridad, la entrega... yo los estaba viviendo desde muy lejos. Es decir, de una manera un tanto pasiva y nada exigente.

Con este pequeño "poso", regresé a España.

*"Si.
Quiero morir en tus brazos.
En el calor
de esta angustia que dilata mis venas;
apenas sin aire,
la tibia sensación
de un desasosiego gélido,
caótico, oscuro,
como la mezcolanza de mi sangre
y tu tristeza.
Casi tan extraño como el mestizaje
entre el amor,
y tu distancia.
Y por un perdón que no suplico,
por el orgullo que fue,
por el amor en el que habito,
Y de nuevo por el calor, por la tristeza,
no suplico, No!!
Para qué...
Hastiado ya de implorar,
cansado, muerto, corito,
harto de no sé qué,
de no ser, ahíto,
de no morir en tus brazos"*

Pensé que quizás había encontrado la clave.

Mi siguiente objetivo sería la realización de obras donde quedaran reflejados momentos de la realidad social.

Comencé a mi llegada a trabajar in cuadro sobre la guerra de Bosnia. "El soldado y la niña... la guerra". Un lienzo de dos metros de alto por uno de ancho. Pero a la conclusión de este cuadro, de nuevo inconscientemente, empecé a trabajar una vez más el eterno tema.

Cambiar de aires, de clima y de luz me podría ayudar, así que una mañana, sin pensármelo más, cogí el coche y... todo comenzó.

*"Cómo vencer tu ausencia,
cómo callar este silencio
que incordia y amedrañta.
Cómo luchar contra esa sombra,
y mi corazón,
herido de necesitarte.
Cómo vencer apenas con dos armas:
Soledad,
distancia.
Y todo para luego imaginarte,
sin vivir en el recuerdo,
ni añorar futuros, presentes,
o distantes momentos que no existen.
Y por si existen, o existieron,
Dime tú, si tiene sentido,
dime tú, que yo no puedo,
si merece la pena.
Dilo tú,
porque yo muero".*

Había convenido a través de un amigo, un apartamento en Marbella; la sorpresa fue que a mi llegada mi amigo se había ido a Madrid a pasar unos días, y el apartamento valía cuatro veces más de lo acordado.

Bajé al bar que hay debajo del bloque de apartamentos y le pregunté al camarero donde estaba el pueblo más cercano.

A unos doce kilómetros del cruce a la derecha, Benahavís.

Conseguí instalarme en una casita en el centro del pueblo que me alquiló Juanita la del estanco, a un precio muy asequible, después de advertirla, eso sí que era pintor y no disponía de recursos económicos para pagar una renta alta.

La casita era ideal. Pequeña, pero con una terraza enorme que me habría de servir para pintar al aire libre sin salir de casa, y al tiempo ponerme moreno.

Benahavís es un pequeño pueblo, donde a la semana de estar allí viviendo, conoces a casi todos los vecinos que habitan durante todo el año.

Pronto hice amistad con Enrique, con quien acordé hacerle un mural a cambio de la comida, como así fue. A Incola, y a Maffinini (entrañable amigo).

Me tomé unos días de vacaciones antes de ponerme a trabajar y pasada una semana comencé a bocetar aquellos temas que tenía pendientes, del anterior intento.

Ruanda, Mozambique, Palestina, Niños del Brasil... pero esta vez quería además reducir el tamaño de los lienzos.

No habían transcurrido tres semanas, cuando volví a caer en la tentación, y me fui una mañana a S. Pedro de Alcántara para comprar varias piezas de lienzo de dos metros por uno.

Los apuntalé como pude a la pared con chinchetas, y ahí estaba una otra vuelta con el eterno tema...

Tengo por costumbre pasear durante la noche. Camino durante horas mientras mentalmente boceto el cuadro que voy a pintar, ya que nunca boceto como habitualmente hacen los pintores.

Algún día amanece mientras yo sigo paseando, lo que no constituye ningún ejercicio o sacrificio, particularmente para mí, que a mis treinta años aún conservo parte de ese miedo que de niño tenía a dormir solo y a la oscuridad; por eso y especialmente en los lugares que no conozco prefiero durante las horas que no hay luz natural, permanecer despierto.

Había quedado con Eugenio (Maffinni), para ir al taller de escultura que tiene en la zona alta del pueblo.

Ya llevaba más de dos meses en Benahavís, y decidí darme unos días de descanso. Aprovechando la amistad que había nacido entre los dos, le pedí, bueno mejor dicho, le rogué a Eugenio, que me enseñara a modelar en barro.

Después de “perseguirle” durante un par de días, aceptó. Hoy era el primer día, y como aún no eran las cuatro me dirigía al bar de Frasquito para tomar un café, cuando vi salir corriendo a una muchacha de la cabina telefónica que hay al otro lado de la carretera, y dirigirse urgentemente al centro de la calle.

El coche que acababa de pasar, había atropellado un gato.

Era un gato callejero de los muchos que hay en el pueblo. Ciertamente es algo que llama la atención de este lugar: la cantidad de restaurantes que hay -por algo le llaman a Benahavís, el comedor de la costa-, y los numerosos gatos que allí habitan.

La chica, cogiendo al gato entre sus brazos, se aproximó hasta mí y dijo: no está muerto.

Sangraba por el hocico, tenía el lado derecho totalmente paralizado, y un ojo inflamado.

¿Se va a morir?. Preguntó.

¿No habrá por aquí un veterinario?

No lo necesita -respondí

Y tampoco se va a morir. -Comenté para tranquilizar a la muchacha.

Aprovechando que ella lo tenía entre sus brazos, le sugerí la idea de llevarlo hasta mi casa. Allí podrá estar en la azotea, y al menos estará tranquilo. Ella no tardó en aceptar, y así lo hicimos.

Una vez en casa, le puse agua en una taza, pero el garo no podía moverse y le humedecí el hocico como pude, es decir, con mucho miedo, porque no sabía como podía reaccionar. Tan siquiera había reparado si era gato o gata, pero decidí en honor a la joven, bautizarla con el nombre de MICHINA.

Ese mismo día después de salir del taller de Eugenio, fui a comprar algo para la cena, y saliendo de la tienda de comestibles, recordé que ahora no estaba solo, que tenía una invitada. No teniendo ni la menor idea de lo que le podría gustar a una gata, compré un paquete de salchichas para los dos.

Corté su ración y lo puse en un cuenco de barro para subírselo a la terraza. Fijamente la miré y, quedé un tanto impresionado, al ver que no se movía.

Michina -la llamé.

Y la joven gatita respondió maullando.

Siete vidas tiene un gato, pensé. Ya más tranquilo, me alejé, y bajé a la cocina, para seguir cenando.

Tardó más de dos días en comenzar a andar, si bien es cierto, su aspecto mejoraba a cada jornada. No obstante, a medida se iba recuperando físicamente, se volvía más desconfiada, y lo primero que hizo una vez se podía mover con un poco de ligereza, fue esconderse de mí cada ocasión en que yo subía a la terraza.

Incluso dejé de pintar allí por no molestarla.

Un día pensé que lo que tenía que hacer era precisamente todo lo contrario. Lo que debía de hacer era estar más tiempo con ella, y así comenzamos un juego en el cual, yo me sentaba en una silla y ella se aproximaba a medida que se iba sintiendo más segura, hasta el punto de llegar a comer de mi mano.

A pesar de que este juego duraba a veces más de dos horas, yo estaba encantado, y nunca para mí supuso trabajo alguno, todo lo contrario, el día que conseguía que comiera de mi mano, me sentía

el hombre más capaz del mundo. No era fácil conseguirlo, ya que al mínimo movimiento por mi parte ella huía; sólo permitía que le hablara, y no sé por qué, enseguida me pareció que el nombre que le había puesto, le gustaba, porque eso sí, a menudo respondía, y maullaba.

Casi todas las jornadas, la chica se acercaba hasta la casa para hacer una visita a la gata.

Michina tenía la costumbre de darse la espalda para comer mirando a la pared, lo que hacía mucha gracia a la muchacha, porque en el lomo la gatita tenía un distintivo muy especial; sobre el fondo blanco del lomo tenía una media luna en negro, con un punto negro dentro de la media luna, de la mitad para abajo.

Esto se apreciaba especialmente cuando estaba sentada, pero cuando estaba sobre las cuatro patas, se distinguía también dado que las cuatro eran completamente blancas, con lo que el dibujo en negro resaltaba de un modo evidente. No sé por qué, pero siempre le hizo gracia a la muchacha lo de la media luna y el punto.

Pasados doce días Michina estaba totalmente recuperada. Ya no tenía inflamación alguna, corría por la terraza, y saltaba un pequeño muro de ladrillos, desde donde me veía pintar cuando estaba fuera de la casa, ya que la casa tenía un pequeño trozo de acera donde me gustaba ir a trabajar mientras tomaba el café, después de la comida.

Pensando que apenas me quedaban cuatro días de estar allí, comencé a preocuparme por Michina. Yo sabía que no vendría conmigo, así que creí que lo mejor sería abrir la puerta de la terraza para que ella saliera a la calle.

Y así lo hice ese mismo día, pero Michina no salía de la terraza. Después de esperar por espacio de dos horas, cerré la puerta, y pensé: quizás mañana...

*“Tengo por costumbre,
antes de dormirme,
de rezarle al Ángel de la Guarda”.*

Al día siguiente fui a buscar a la muchacha, para comentarle mi preocupación, pero también ella partía en unos días.

Decidido a no demorar más el momento, llegué a casa y abrí la puerta de la terraza. Acto seguido Michina se fue de casa, no sin antes detenerse en la puerta, lo que me dolió aún más.

En ese instante me sentí un auténtico cabrón , pero sabía también que no podía ser de otra manera, y que tarde o temprano ella desearía volver al que en realidad era su hogar: la calle.

No tenía la menor intención de trabajar esa noche, así que salí a la calle, pero no para bocetar.

Busqué a Michina por todo el pueblo, hasta que la encontré en un callejón sin salida que hay detrás del cuartelillo de la Guardia Civil.

Era inconfundible, con sus cuatro patas blancas y esa media luna con el punto negro.

La llamé, y ella maulló, pero acto seguido se alejó.

La volví a ver a lo largo de la noche. Siempre que la llamaba maullaba, como saludándome, pero nunca se acercaba.

Casi iba a amanecer. Ya más tranquilo, me fui a casa.

Al día siguiente por la mañana, la chica se acercó a la casa, para que fuéramos a dar una vuelta por el pueblo y ver si encontrábamos a la gata, pues le apetecía verla; pero yo tenía que ir esa mañana a recoger la escultura que había hecho en el taller de Maffinni, y ya estaba acabada, así que no podía acompañarla, pero le comenté que la noche anterior la había visto y que si quería podíamos quedar esa noche, para salir a buscarla.

A las once de la noche nos tomamos un café, y después fuimos a dar una vuelta hacia la salida del pueblo, donde los coches aparcan.

Me pareció ver a Michina, pero estaba un poco lejos, con lo que no podía reconocerla. A medida que nos íbamos acercando, y una vez que estuve seguro de que era ella, fui palideciendo y un mareo nauseabundo se iba apoderando de mí.

La muchacha, que iba distraída contándome no sé qué, se giro ciando al pasar yo por el lado de Michina, ésta comenzó a maullar.

Yo no quería que la muchacha la viera, pero al maullar Michina la chica se giró. Inmediatamente reconoció a la gata, pues ella al estar un poco más adelantada que yo, veía perfectamente la media luna y el punto del lomo de la gatita.

¡Es Michina! -me dijo.

Sí. Sí es ella -contesté yo.

La gata al oír mi voz giró la cabeza, y fue entonces ciando la muchacha vio que a Michina le habían sacado un ojo y que tenía una profunda herida en el lado derecho del cuello.

Yo no me tenía de pie, debido al estado de nervios, y a la impresión que me daba ver así a Michina, pro la chica, sin pensárselo un momento, se acercó para acariciarla.

En pocos segundos reaccioné y fui a buscar algo de comida y agua para la gata, mientras la muchacha la tenia en el colo.

Por un momento quisimos estar equivocados, es de esas cosas que ocurren cuando no te quieres creer lo que está pasando, y reconocimos de nuevo al felino, pero estaba claro.

Ningún otro gato conocía el pueblo, ni mucho menos me saludaba. Las cuatro patas blancas, la media luna, y el punto negro...

La estaba dando de comer algo de jamón york que había ido a buscar a la tienda de Juanita que quedaba a unos metros, cuando pasó un niño de unos tres años que gritaba jugando, y Michina de asustó de tal manera, que incluso arañó a la muchacha en un brazo cuando intentó soltarse.

La perdimos de vista, y regresamos al centro del pueblo intentando no hablar de ello.

Intentando ver que había pagado el precio de salir a la vida, de vivir en la calle.

Queriendo pensar que la naturaleza es así, y que ya nada podíamos hacer para evitar lo sucedido.

Quedando para vernos al día siguiente, nos despedimos.

*“Tememos a la muerte
y es una genialidad de la vida.
¿ Qué sería de nosotros
si viviéramos eternamente?”*

Ya dentro de casa, no podía sacarme la imagen de Michina sin el ojo. Y no hacía otra cosa que pensar en aquella cita que había escrito hacia años.

“Tememos a la muerte...” Así que decidí salir de nuevo. Fui al bar de Gerard a tomar un café.

Era el último bar que quedaba abierto.

Una vez hubo cerrado el bar me quedé solo caminado por las calles del pueblo, mientras las gentes dormían.

Eran las seis de la tarde cuando me despertó el timbre de la puerta. La muchacha quería saber si me apetecería acompañarla para cenar esa noche, ya que al día siguiente regresaba a su ciudad. Quedamos a las ocho.

Primeramente fuimos a dar un paseo. Sin querer nuestros pasos se dirigieron donde la tarde anterior habíamos visto a Michina.

La herida del cuello, aunque profunda, parecía estar limpia. La cuenca del ojo que le faltaba daba la sensación de haber sido un zarpazo certero, pues no había señal de arañazos por el resto de la cara. Michina estaba tranquila; cuando andaba daba la sensación de haberse acostumbrado de una manera sorprendente a la nueva situación.

Más despierta y relajada que el día anterior, caminaba a nuestro lado como si nada hubiera sucedido.

Tanto la chica como yo sentimos un alivio inmenso cuando vimos con que facilidad se había recuperado de aquel trance.

Dejamos a Michina acompañada de un gato gris adulto con el que solía estar, y nos fuimos a cenar.

Durante la cena hablamos de “mil cosas”, pero en el fondo, yo siempre estaba esperando el momento oportuno para contarle lo que la noche anterior me había ocurrido.

Tampoco quería provocarlo, así que finalmente decidí relajarme y disfrutar de la cena.

Una vez concluida, nos dirigimos al bar de Mink para tomar un café.

Eran las dos de la madrugada, aquella noche había bajado la temperatura y en la terraza del bar hacía fresco. Como a ninguno de los dos nos apetecía irnos, sugerí la idea de acercarnos hasta mi casa para coger un par de jerseys y poder dar un último paseo.

De camino, vimos al lado del contenedor el gato gris que solía acompañar a “nuestra gata”, y pensamos que ella andaría cerca.

¡Michina! ¡Michina!

Apareció por debajo de la puerta de un local que estaba en obras, al lado del contenedor.

Allí estaba, como si nada hubiera sucedido. Con los dos ojos abiertos como platos, expresión simpática.

Saludándome como siempre había hecho, y sin el menor rastro de herida en el cuello.

La muchacha se llevó la mano derecha a la frente, palideciendo por momentos, yo... yo sólo pude sonreír, mientras susurré: no esperaba que fuera así.

Qué dices -preguntó ella.

No esperaba que fuera tan claro -susurré sin que ella llegara a oírme,

Le pedí que se quedara con la gata mientras yo iba a casa para coger los jerseys y unas salchichas.

La chica era incapaz de decir nada. Sonrió al ver a Michina cuando estaba comiendo de espaldas a nosotros un trozo de salchicha.

Sentada, la media luna y el punto negro, sobre un fondo blanco...

Pensé que era el momento de hablar de lo ocurrido la noche anterior, y me ayudó a ello el hecho de que ella me preguntara si le iba a decir lo que había susurrado cuando vi a Michina.

Sí. Sí te lo voy a decir, pero antes te voy a contar algo, y por favor...

-¿Qué?

Nada. No, nada.

Creo que a lo largo de mi vida, o de casi toda mi vida, he sido un ser tendente a la espiritualidad, y aunque mi trayectoria vital no sea precisamente ejemplar, determinados valores han ido con el tiempo, creciendo en mí hasta convertirse en una especie de constantes, o fórmulas de comportamiento, en las que prima la búsqueda del "ser humano" por encima de los demás.

Sin llegar a ser fanático de nadie, ni de nada, ni tan siquiera de Dios, he ido construyendo dentro de mí una "filosofía" de vida, casi imposible de llevar a la práctica en el mundo, en la época que me ha tocado vivir, lo cual me lleva continuamente a una lucha, a un enfrentamiento entre mi propio proyecto de vida y la realidad que me rodea.

La realidad social, económica, cultural, política, incluso religiosa.

Esto que en sí mismo me convierte en un "inadaptado" para el sistema, no deja de ser para mí, una alternativa de la vida diferente a la que en principio todos parecemos estar condenados a vivir.

Posiblemente si te hablara de esa otra sociedad con la que sueño, te parecería una utopía. Supongo que no menos pensarían aquellos que como en a sociedad estamental se atrevieron a pensar que quizás algún día el poderoso no podría disponer de la mujer ajena, o incluso de la propia vida de los demás a su antojo.

Supongo que para aquellos hombres y mujeres lo que hoy es para nosotros normal, lo definirían como Utopía Inalcanzable.

Así que no voy a intentar convencerte de mis ideas, ni siquiera te hablaré de ellas.

Ayer por la noche, como casi todas las noches, salió a pasear. Dudaba si darle una veladura en ocre oro transparente al último cuadro, así que salí para meditarlo.

En un momento, sentí que tenía que silenciar para escuchar, y así lo hice.

A lo largo de mi existencia me he ido apoyando en la fe para seguir viviendo, y dado que no creo en las armas, ni en la violencia, ni en la política tal y como se usa, siempre que he sentido la necesidad de ayuda, se la he pedido a Dios.

Tal vez, porque creo encontrarme en un momento de transición en mi vida, últimamente con insistencia le he pedido a Dios que me indicara el camino por el que habré de seguir viviendo.

Ayer El me respondió.

No, no oí ninguna voz desde el cielo, ni vi luz deslumbrante, ni figura humana, ni de humo, ni nada.

Sentí su presencia, eso es, todo.

Me habló desde dentro. No hubo transfiguración de voz, ni caí extenuado al suelo, ni entré en trance alguno.

Simplemente una voz, que nacía de mi interior, y en mí moría. Sin más.

“Se me habló” de mi vida. Desde mi infancia hasta ahora.

“Se me dijo” que no estaba solo, que había más gente como yo.

-Que haría un viaje (no se me dijo donde), y que me tendría que presentar como pintor, “Alguien” me estaba esperando hacía tiempo, y aunque mi finalidad era otra, la pintura sería el medio para conocer a ese “alguien”, que a su vez, me haría conocer a otras personas.

-Que abandonaría la pintura durante un tiempo para dedicarme a otra cosa (no se me dijo que).

-Que el cuadro que acababa de pintar tenía que cambiarlo de título, y no podría exponerlo sin una previa aclaración del sentimiento creador.

-(Aún no entiendo por qué) algo acerca de la situación de España en un futuro próximo. Y algo referente a la humanidad,, es decir, que guarda relación con toda la humanidad.

Esto es en líneas generales lo acontecido. Había un par de condiciones:

-No debía irme a acostar hasta que hubiera amanecido.

-No podía desvelar aquello que implicaba a toda la humanidad. Solamente podía decir que ocurrirá en un espacio de dos años, dos años y unos meses. Es decir, entre mediados del 96 y principios del 97.

Esto sucedió entre la una y media, y las seis de la mañana.

A eso de las siete y diez clareaba en las montañas que se ven desde la carretera del pueblo. Me fui a casa.

Supongo que al igual que te esté sucediendo a ti mientras me escuchas, yo no podía, o tal vez no quería, creérmelo.

No me considero un iluminado, no entiendo de temas esotéricos, no me creo un profeta o un visionario... nada de eso; así que te puedo asegurar que durante el tiempo que esto estaba sucediendo, si alguien no era capaz de comprender, era yo. No sé si porque no tengo la fe suficiente, o simplemente, porque me pareció algo increíble.

Hasta tal punto, que yo creyendo que era una ilusión, una alucinación mía, le pedí que me diera una "señal" de que ese momento había existido, y no era fruto de mi imaginación.

-"Tendrás una señal contundente. Incontestable. Pero nunca deberás interpretar nada de lo que se te ha dicho. No hay nada que interpretar. Que sepas que sólo viviendo la filosofía de Cristo, serás feliz".

Michina para mí es esa "prueba". Por eso cuando la vimos hace unas horas, sólo pude sonreír y susurrar: No lo esperaba tan claro.

La muchacha no dijo nada mientras le estuve hablando; al final, comentó que no se atrevía a decir nada. Que lo único que sabía era que no se puede negar a sí mismo lo que uno ha visto y tocado con sus manos. Que Michina ayer no tenía un ojo, y hoy sí.

Pero que desde luego, jamás lo contaría por temor a que la tomaran por loca, y porque entendía que nadie la creyera, quizás ella misma, como yo, si no lo hubiera vivido, jamás lo creería.

En todo caso nos quedaba el consuelo de saber que otra persona, al margen de uno mismo, lo había vivido.

De camino a casa volvimos a ver a Michina. Luego Michina se fue, y la muchacha y yo nos despedimos.

Llegado a casa decidí recoger todas mis cosas para salir a la mañana siguiente.

Una vez me hube levantado, ordené un poco la casa, acerqué el coche a la entrada, y me fui a la tienda de Isabelita para comprar unas botellas de agua para el viaje.

A mi regreso la chica me estaba esperando, "he venido para decirte que creo todo lo que me has contado".

Estaba ella diciendo esto, cuando apareció Michina. Nunca antes se había dejado ver de día, y ese día, precisamente ese día, aparecía a la puerta de casa. Se sentó frente a la puerta, a la derecha del coche, y permaneció allí hasta mi salida.

María, así se llama la muchacha, ya no sabía qué decir. Yo... yo ya no quería decir nada.

Con intención de ir a Galicia salí de viaje. Sin embargo, de camino decidí pasar por Castilla para hacer una visita a la familia. Allí vive Juan, mi "otro hermano". Hablando me comentó que tenía la intención de bajarse al sur, en busca del sol, y que incluso tenía pensado llegar hasta Marruecos para conocerlo. Yo, que no tenía en principio nada que hacer, le dije que le acompañaría con gusto, pero que acababa de llegar del sur, y la verdad, no me apetecía mucho volver en ese momento. Le sugerí la idea de irnos a algún otro lugar, pero él tenía la idea de pasar las Navidades en Castilla.

Después de un pequeño retiro en la casa que tienen sus padres en un pueblo, salimos de viaje dirección Marruecos.

A Juan lo que menos le gustaba era la idea de ir con el coche, ya que a él le gusta viajar andando los caminos con su mochila a la espalda y la guitarra, pero finalmente le convencí; además yo no podía dejar el coche en cualquier parte.

Hicimos una breve parada en Sevilla, donde estuvimos cantando y tocando la guitarra en la plaza del Salvador con un grupo de muchachos que estaban sentados en la escalinata de la iglesia.

Luego decidimos irnos a dormir a la playa de Matalascañas, en una noche de luna llena, en el mes de Octubre. A la mañana siguiente fuimos a visitar una comunidad cristiana que vive cerca de allí. Pueblo de Dios.

Ese día hicimos noche allí.

Al día siguiente, antes de irnos, preguntamos a la gente de la comunidad si sabían de algún lugar donde ir a hacer un retiro espiritual cerca de allí.

Nos hablaron de un eremo que esta cerca, y nos dijeron que al llegar preguntáramos por la hermana Clara -Leticia.

Encontramos el eremo, no sin dificultad, y nada más llegar una mujer pequeñita nos invitó a columpiarnos.

El columpio era un neumático de coche atado con dos sogas a un árbol.

Verdaderamente, la "entrada" de la pequeña monja fue triunfal. Estábamos en el "Eremo de la luz", y ella era la hermana Clara-Leticia, una eremita de setenta años de edad, diaconesa, ex -misionera en África e India durante veinte años, médico cirujano, y una sonrisa que quitaba el hipo. Columpiándose con nosotros como si fuera una niña de cuatro años.

En el eremo había una muchacha que había ido para hacer un retiro espiritual, y que salía ese mismo día. Las acercamos al pueblo de Almonte, pues la chica tenía que coger el tren al día siguiente, y clara pasaba varios días a la semana en el pueblo atendiendo a enfermos. Así que dejamos a Inma y a Clara en Almonte, y

nos volvimos al Eremo, donde estaríamos solos unos días hasta la llegada de Clara.

“Estas son las llaves de la casita.

Estas son las llaves de la capilla.

Estas son las llaves del gallinero, allí tenéis algo de comida.

No dejéis las puertas de entrada abiertas durante la noche par que no entren los caballos”.

Estas fueron las consignas. Lo de los caballos lo decía porque el eremo está situado en los límites del coto de Doñana, y por allí hay caballos sueltos, y otros animales.

Juan y yo decidimos quedarnos unos días en el eremo, al menos hasta que volviera Clara. Ocupábamos el tiempo con lecturas, charlas, y también con silencio y oración.

A los pocos días llegó Clara y nos anunció la visita en unos días del Obispo de Huelva. Juan pensó que tal vez sería interesante conocerle así que decidimos esperar a que viniera, y luego irnos del eremo.

Uno de esos días, fuimos Juan y yo a hacer el camino del Rocío andando desde el eremo. Cuando llegamos entramos en la Capilla del Rocío. Me llamó la atención la media luna sobre la que está representada la Virgen. Pensé que quizás estaba “jugando a adivinar”, y me olvidé del tema.

A los pocos días Ignacio, el Obispo de Huelva llegó al eremo acompañado de otros dos individuos.

Después de reunirse con Clara, vino a nuestro encuentro y estuvimos charlando con él unos minutos.

Juan le preguntó si sabía se en el Monasterio de la Rábida acogían a la gente, a lo que el Obispo respondió que no, que él no sabía nada.

Un tanto extrañados por su respuesta, pues lo lógico es que el Sr. Obispo supiera acerca de esa información, nos despedimos de él.

Como habíamos previsto, mentimos en el coche las mochilas, los sacos de dormir, la guitarra y el saxo.

Nos fuimos a la Capilla para orar unos minutos antes de partir. Al salir de la Capilla fui a recoger el caballete de campaña que tengo para pintar al aire libre, y al irlo a meter en el coche, clara me preguntó si era pintor, a lo que le contesté que sí, ente otras cosas.

-Hace catorce años que te estoy esperando, dijo. Tengo la ilusión de pintar una Resurrección en la Capilla, y hace catorce años que pido al Señor que me mande un pintor, ya que yo no conozco a ninguno, y además no lo podría pagar -continuó diciendo Clara.

Yo no lo podía creer.

Ese "te estaba esperando" me dejó K.O.

Quedé con Clara en que regresaría en unos días para comenzar a pintar.

Juan y yo salimos del eremo dirección al Monasterio de la Rábida con intención de hacer noche allí.

Cuando llegamos, preguntamos en el Monasterio si podían acogernos, a lo que se negaron. Juan insistió diciendo que no pedíamos comida ni dinero, tan solo dormir. Nos dijeron que no había sitio. Juan insistió de nuevo, diciendo que teníamos sacos, que en cualquier lugar: una salita, un pasillo, cualquier sala; se trataba de unas horas.

Ellos insistieron en que no había sitio. Juan, ya en un tono un tanto irónico, les dijo que era verdad, que el Monasterio era tan pequeño, que n podía haber lugar para dos personas. El hombre que ni tan siquiera nos abrió la puerta, se nos quedó mirando en ese instante se me ocurrió decirle: A la paz de Dios hermano. Y nos dimos la vuelta.

Como ya había transcurrido más de una semana, y Juan tenía intención de hacer algunas cosas; y dado que ya no le daba tiempo de ir hasta Marruecos, y yo me había comprometido con Clara par pintar la capilla, decidió volver a Castilla, hasta donde le acompañé.

A la semana siguiente volví al eremo.

De nuevo Clara me dejaba solo, pues se tenía que ir. Yo comencé a pintar. Estuve unos días pero me tenía que marchar, así que le deje algo provisional hasta que volviera.

Durante esos días que estuve pintando, me vino la idea de ir pintando por los Monasterios, a cambio de la comida y de la cama; incluso podría plantearme vivir así.

Cuando regresé Clara me comunicó que a los hermanos (yo no sé quiénes son) no les había gustado nada la pintura que había hecho, así que intenté reconstruir lo que había pintado, siguiendo las ideas de Clara.

Me comentó Clara al respecto, que a los hermanos les gustaba mucho una resurrección que hay en la iglesia de un pueblo de al lado, así que fui a verlo. Entendí cómo no les podía gustar lo que yo había pintado. Eso que no soy un pintor surrealista, ni abstracto... Aún así intenté hacerlo lo mejor que pude.

Le comenté a Clara si sabía de algún Monasterio donde yo podría pintar, y me indicó uno en la provincia de Córdoba.

Tampoco en esta ocasión estaba Clara en el eremo, cuando terminé de pintar, así que le dejé una nota, y quedé en llamarla por teléfono en unos días.

Me dirigí al Monasterio de Sta. María de Escalonias, donde hablé con el hermano Ventura, y quedó en darme contestación en el mes de Diciembre.

Volví a ala Rábida, esta vez par ofrecer mis servicios, y nuevamente me dijeron: no.

Y así fui, de no en no, pasando por distintos Monasterios, ofreciendo mi trabajo como pintor a cambio de la comida y la cama.

-Las Ermitas (Córdoba), donde hablé con el hermano Jesús.

-Un eremo que hay entre Hornachuelo y S. Calixto donde hablé con el hermano José de la Cruz.

-Aldea de S. Calixto.

-Monasterio de Calatrava (Almagro) hermano Baldomero.

Y aquellos monasterios y eremo que a mi paso iba encontrando. Muchos de los cuales estaban deshabitado, cerrados, o reconvertidos en museos, organismos, y otros menesteres que nada o casi nada tienen que ver con el motivo original de su creación.

De ciudad en ciudad, y de o en no, fui advirtiendo que la Iglesia Católica se estaba quedando sola, ya no sola, sino vacía.

La falta de vocaciones era la "queja" mayoritaria de todas aquellas personas con las que hablaba; y el origen principalmente de todas las sucesivas consecuencias.

De una parte era lógico. Cómo iban a mantener tres o cuatro sacerdote, un local pensado para doscientos, trescientos religiosos.

Esto que puede resultar exagerado, es algo que cuando lo conoces ves que es una realidad, con lo que los pocos curas que van quedando, se retiran a lugares más pequeños, y los grandes edificios quedan deshabitados, y en muchos casos abandonados a la suerte del tiempo o de que llegue alguna subvención estatal que los salve de la muerte.

Era el mes de Diciembre cuando llegué al Monasterio de Samos (Lugo).

La noche era fría, el Monasterio estaba cerrado. Me dirigía al coche, cuando vi a un cura frente a mí. Era el padre Augusto, Superior del Monasterio.

Le comenté mi propósito, y me aconsejó que volviese a la mañana siguiente, y preguntara por el padre Pedro, que era el hospedero, además de ser restaurador de obras de arte, y que nadie mejor que él, sabía de las posibilidades de pintar en el Claustro.

Volví a la mañana siguiente, para hablar con el padre Pedro.

Al igual que en las anteriores ocasiones en los otros monasterios, le comenté la posibilidad de pintar a cambio de la comida y la cama. Como había hecho unas fotos del eremo se las enseñé. Y le dije como a los demás que no quería dinero.

La respuesta de este individuo en concreto, es casi increíble. Aún así la respuesta no fue nada en comparación con su actitud, que me llevó a hablar con el Superior del Monasterio, para decirle que con individuos así, lo más normal era que la Iglesia fuera desapareciendo.

Nunca en mi vida había tenido un gesto semejante. Ciertamente es que me habían ocurrido algunas cosas, supongo que como a todo el mundo, que me habían llegado a decepcionar de algún que otro sacerdote, pero éste en concreto acababa de batir todos los récords conocidos por mí hasta entonces.

*“Qué difícil es hablar de ti,
cuando no siento el calor de tu mirada;
cuando no veo el color de tus ojos,
casi transparentes,
que hablan de Amor,
y siempre dicen la Verdad.
Qué difícil es hablar de ti,
cuando no escucho tu voz.
Enmudecida.
Por el sonido de la guerra,
por el gemido
de quienes no pueden...
llorar.*

*Qué difícil es hablar de ti,
cuando a mi paso,
de cierran las puertas.
Cuando la música no tiene sentido.
Cuando mi casa,
en la tierra
no ocupa lugar.*

*Qué difícil es hablar de ti.
Pero que fácil,
estar contigo...
Silencio que no hiere.
Como el abrazo del amigo.
Niño que nunca muere.
Pensamiento perdido.
Como yo...
Cuando Tu no estás”.*

Abatido.

Se acercaba a la veintena el número de puertas a las que había llamado, siempre con la misma respuesta: NO.

Decepcionado, también furioso no lo voy a negar, tras el último encuentro en el monasterio de Samos, y al tiempo, contrariado y confuso.

Me siento llegado a un punto "muerto", del que no sé cómo salir. Tal vez debería detenerme unos días, aquí en Lugo, para reflexionar lo ocurrido desde que salí de Benahavís.

Recordé que había dicho a Clara que la llamaría por teléfono par que me dijera si les había gustado el último trabajo, ya que cuando salí del eremo ella no estaba por haberse constipado, y se había quedado en Almonte, para descansar.

Cual fue mi sorpresa cuando me respondió que no habiéndoles gustado, habían vuelto a cubrir la pared con pintura blanca.

-No importa, lo importante es que te hallas recuperado de tu catarro -respondí.

Sobre una mesa camilla de la habitación coloqué el mapa que había estado utilizando para el viaje.

Señalado en el mapa, el trayecto desde Huelva hasta Lugo, me detuve no sé por qué, en el tramo que hay de Almonte (donde se custodia la Virgen del rocío) y el Rocío.

Describí un semicírculo (media luna) de pueblo a pueblo, y señalé con un punto el lugar donde se encontraba el eremo.

La media luna y el punto en el mapa, eran exactamente iguales a la media luna y el punto de MICHINA.

Comprendí después de hablar con Clara que la pintura no podía continuar viajando conmigo.

Sin embargo, sentía que no debía abandonar el proyecto de los monasterios; si no era la pintura, pensé por otra parte ¿para qué continuar?

Me hice con una guía de monasterios, de los que hice una selección con el único propósito de evitar todo impedimento para que yo pudiera ser acogido. Esta vez, ya no como pintor, sino como pobre.

- Que tuviera hospedería.
- Que se admitiera varones.
- Que estuviera habitado por monjes (no monjas).
- Que guardara la Regla de S. Benito.

El proyecto en sí, parecía una locura. Más de mil kilómetros para visitar a penas media docena de monasterio.

Desde Lugo a Gerona, para bajar hasta Tarragona donde concluiría el viaje.

REGLA DE S. BENITO

("Se les acogerá -dice- como a Cristo, ya que él un día ha de decir "era forastero y me acogisteis").

("Muéstrate la máxima solicitud en la acogida de los pobres y de los peregrinos, porque en ellos se recibe más a Cristo") 547 d. C.

8 de Dic. 1994

10 de la mañana.

SANTO DOMINGO DE SILOS

Día de la Inmaculada.

-A la paz de Dios hermano. Mi nombre es Mariano, soy un viajero que necesita descansar unas horas, y no dispone de dinero para pagarse una cama.

-¿Qué es lo que quieres, dinero?

-No, no quiero dinero. Sólo una cama. Un lugar donde descansar unas horas.

-Es que está todo ocupado.

(Hubo un silencio, mientras yo no le dejaba de mirar a los ojos).

-¿Te arreglas entonces, con algo de dinero?

-No, gracias. No necesito dinero, sólo una cama. Mi nombre es Mariano, de María.

-No puedo hacer nada.

-A la paz de Dios hermano -dije- y volví sobre mis pasos, mientras oía el ruido de la puerta que se cerraba.

La mañana era fría, me metí en una cafetería que había a unos cien metros, y pedí un café.

En una hoja escribí una parte de la Regla de S. B. donde se habla de la acogida a los pobres. Me acerqué hasta la puerta, la introduje por debajo de ésta y llamé al timbre.

Sin esperar a que abriera, lentamente me marché.

9 de diciembre de 1994
5,30 de la tarde.

LA OLIVA (Navarra)

-A la paz de Dios hermano...

Me atendió el padre Eduardo. Hombre cordial donde los halla. Cariñoso, generoso y entregado, me ofreció comida y aposento para esa noche.

Era la alegría y la emoción, tan grande, que me negué a la cena.

Nunca en mi vida, había disfrutado tanto una ducha, y aproveché para arreglarme la barba. Seguidamente bajé al salón, a la espera de la primera oración de la mañana. Ni tan siquiera dormí en la cama. (Esto último lo hice en forma de penitencia).

Concluida la primera oración de la mañana, me dispuse a salir.

Nuevamente el padre Eduardo me ofreció un vaso de leche caliente antes de salir, que yo una vez más, humildemente, rechacé.

Sobre una mesita de noche le dejé un libro que yo ya había leído "Cruzando el Umbral de la Esperanza".

Cogí la mochila, y salí del monasterio para continuar mi viaje, convencido de que por fin mi suerte había cambiado.

Nada tengo que decir del resto de los monasterios y eremos que visité.

En ninguno de ellos fui acogido.

Arrodillado frente al sol que lucía esa mañana, en el centro de la plaza que hay a las puertas del monasterio de Poblet.

Orando... no recuerdo el tiempo que permanecí de rodillas en el centro de la plaza.

No había tiempo.

Nunca lo hubo durante este vine que hoy finalizaba.

ALMAZAN (Soria).

Apenas nos había dado tiempo para saludarnos. Juan y yo acabábamos de llegar al eremo, e Inma salía esa misma tarde, después de una jornada de “retiro”.

Un saludo y un nº de teléfono por si acaso, alguna vez...

Se sorprendió al verme. Sin duda alguna no se esperaba mi visita, ya que eran unos minutos los que nos habíamos visto, ya hacía varios meses.

Me presentó a su novio, tomamos un café, y compartimos un bocadillo de tortilla a orillas del Duero...

“Si no hubiera sido porque, sin darte cuenta, antes de despedirnos me lo pediste, jamás hubiera escrito este libro”.

NAVIDAD -94

(a mi familia)

*“Nacerá ese día y enmudecerán las guerras.
Los hombres firmarán armisticios de paz...
En algún lugar la nieve pintará de fantasía
la esperanza.*

*Algunos hombres pensarán que Dios vino al
mundo cualquier día... Todos pensaremos, porque
hay mucho que reflexionar de este mundo que
agoniza.*

*Si al pensar, sientes mi ausencia,
dibújame una sonrisa”.*

(Perdonad mi ausencia en esta Navidad)

Difícil es resumir todo un cúmulo de sentimientos, emociones, pensamientos, reflexiones a golpe de corazón, intuición; fuera en algunos caso del común sentido, de la razón humana, del empirismo científico, y dentro de un mensaje final, categórico, absoluto, sin dramas, sin juicios: Todo es mentira. Todo menos Tu.

El engaño de las luces que iluminan el triunfo social, la aventura, a veces titánica, por la consecución del reconocimiento por parte de los demás, por llegar a conseguir lo que algunos llaman el estado de bienestar. ¿Qué es eso? ¿Quién me lo puede explicar?.

La venta ambulante de nuevas ideas, tan viejas al final, como la historia del tiempo, como la historia, como el hombre.

El discurso fácil; el uso y abuso de las palabras que a fuerza de ser repetidas, gastadas, prostituidas, e incluso decapitadas, van careciendo de poder, de sentido, de profundidad de vida.

Libertad, solidaridad, amor derecho a la vida, dignidad...

Y en medio de todo esto,

Tú, ¿dónde estas?

Abogado, reportero, médico, oficinista, maestro, hortelano, alcohólico, pesimista, aventurero, soñador, ¿o realista?.

¿Dónde estás? Dime.

Tú, abanderado católico, de una filosofía que nace y muere en Cristo; dilo, dónde estás.

Di qué hay bajo esa sotana, la lleves o no puesta, sino carne y hueso.

Y pregúntame si quieres, como ahora yo te interrogo a ti.

¿Para qué quieres la vida? ¿En qué inviertes tus talentos? ¿Cómo me das a entender que tú, sí también tú, eres Cristo.

¿Cómo lo he de saber?

Sino en ti, observando, el cotidiano ejemplo, la reincidencia una y otra vez en esa actitud incontestable que lleva al universal entendimiento: El Amor.

No. No es que vaya a comenzar un nuevo milenio, no es de lo que comienza, ni tú ni yo lo sabemos, sino de lo que ha de acabar. De eso hablo.

Por qué te lamentas de que apenas tengas para comer, ¿acaso no decidiste un día ser pobres?

¿Cómo es posible que teniendo tú techo y lecho, te quejes cuando sabes que al tiempo mueren de hambre miles de hombres!

Quién desde un púlpito, desde un altar, puede dirigirse a los fieles y, en estado ebrio, hablarles en nombre de Dios.

Cómo se puede justificar que un sacerdote se niegue a darte confesión porque pasan cinco minutos de las ocho de la tarde y, saliendo del confesionario te diga: _ mañana a partir de las diez de la mañana_

¿Qué asunto tan importante tenías que hacer en ese momento que te impidió dedicar cinco minutos de tu tiempo a un pecador?
¿la cena?

Apenas dos o tres mentiras, alguna que otra masturbación y unos cuantos ataques de ira...ese era todo mi equipaje.

Pero...

¿si no hubiera sido así?

Si hubiera sido el hurto o el asesinato lo que intranquilizaba mi alma... ¿dónde estabas tú, en ese momento?

Sí, tú que en un instante has convertido el confesionario en la oficina de atención al consumidor, en la ventanilla de un banco...

Cómo puedes hablar de pobreza tú , que a lo largo de la historia has ido "acumulando".

Tú, que permites que los aledaños del templo se llenen de comerciantes que venden-compran fe al módico precio de una estampita (no importa de qué santo) todo es dinero.

Y no sólo eso. Sino que llegas a consentir que la misa seas el mejor momento para vender la lotería de Navidad, dentro, sí, dentro de la iglesia, mientras oficias misa y callas. Cómplice callas.

Silencia también ahora que te ruego escuches mis palabras:

No es de fanatismo de lo que hablo.

No te pido que vendas tus cuadros, ni tus joyas.

Ni que abras los balcones de El Vaticano y tires las esculturas y el dinero a los viandantes.

No te pido que te descalces.

Ni que hagas ayuno, ni que pases frío si no es necesario.

No.

Nada de eso te pido, ni te lo pediré nunca, que además yo no obligo, ni puedo, ni quiero, ni debo obligar.

No.

No quieras advertir fanatismo alguno en mi mirada, ni en mis frases, ni en mi andar.

"Ser o no ser". Eso es lo que pido.

Precio tan alto, lo sé, difícil es de pagar, pero eres tú _yo no decido_

Eres tú, desnudo o vestido, quien un día decidió ser cristiano.

Eres tú, imperfecto humano, el que un instante supo que quería seguir a Cristo.

"Sé valiente entonces, y no tengas miedo".

No te asuste la pobreza, no le tengas miedo al frío.

No te importe ser humilde, no pedir por las calles si es preciso. No renuncies a la libertad; que la vida es un viaje, y tú vives en Cristo. Dime: ¿qué te puede asustar?

“Los tiempos han cambiado” -uno de vosotros me ha respondido en este viaje.

Nunca los tiempos fueron iguales, te digo yo ahora, te escribo en este libro.

No es la crítica lo que persigo, ni venganza alguna hay en mis palabras, que cientos de cosas callo, por no hacer ruido, y nada de mal, al fin me hicisteis.

No es la voz del fanático capaz de justificar la inquisición, ni la del que llama a insurrección alguna o guerra santa. No.

El ejemplo es el que pido.

Menos jerarquías y más cristianos, eso es lo que digo.

Que iglesia somos todos, pero vosotros, abanderados de la filosofía, de la fe cristiana, más os habéis preocupado de la política, de la economía... que de las almas, del corazón, de la fe... y del ejemplo, del ejemplo diario, del testimonio con vuestras vidas, de lo que ha de ser un cristiano, del Amor, de Dios.

Sólo es miedo.

Es sólo el miedo a la vida, a los hombres, a la muerte, al tiempo...lo que os tiene atados.

Miedo, al final...miedo. Nada más.

Miedo a perder la influencia en la sociedad,
miedo al frío,

miedo a depender de la generosidad de los demás, ganada a golpe de esfuerzo, de sacrificio... con el cotidiano ejemplo.

Miedo al poder,
miedo hasta de vosotros mismos.
Escisiones, separaciones, diferentes puntos de vista,
lucha por el poder, distinta política económica... no sé
cuántas formas y maneras de cristiandad.
Cuántas decidme.
Cuántas si no hay más que una.
Miedo de algunos para decir No al aborto,
miedo de otros para condenar el terrorismo,
miedos de unos cuantos para justificar la guerra,
miedo de todo,
miedo de todos,
miedo,
Finalmente, siempre miedo... nada más.

Bajad de una vez las escaleras de vuestra torre de marfil, salid al mundo, para con el ejemplo, apagar las falsas voces de los derechos humanos que no existen, de una igualdad de razas y sexos que nadie sabe dónde está, de la cultura capitalista que enchufada a una máquina, vive artificial, porque un día ha muerto.

Quizás algún día os deis cuenta...
Tal vez un día no tengáis miedo.
Ese día, entonces, será...

A SS JUAN PABLO II

Nada a mis treinta y un años tengo que enseñar, ni pretendo Santidad, pues no es el objeto, que advierta en mis palabras ironía, venganza o consejo alguno.

Tan solo el pensamiento, la reflexión, de una mente (puede estar equivocada), si cierto es, exigente y crítica; pero no deja por ello de ser humilde y sincera.

Sé que al leer este mi último mensaje, dedicado a Vos como cabeza visible de la Iglesia Católica, sucesor de Pedro, y por ello representante de Cristo en la tierra, no os quedará otro remedio que esbozar una sonrisa.

"NO TENGAIS MIEDO"

*No tengáis miedo tampoco vos Santidad,
En el caminar hacia Dios nada importan las
jerarquías, los honores, las riquezas...
como tampoco cuentan los "sacrificios", los tropiezos...
Todo camino ha de tenerlos.*

*"No tengáis miedo" -os devuelvo éstas
vuestras tres primeras palabras como sucesor de Pedro-*

*Pues nada ha de temer todo aquel, que estoy seguro, como Vos,
haya llegado a comprender,
que si bien Cristo, no es esta Iglesia,
Sí es Jesús-Cristo, el Hijo de Dios.*

*“La muerte,
no es más que la noche,
que duerme la vida.
¿Cómo sería posible volver a despertar
sin antes dormir?”*

*¿Cómo sería posible volver a vivir
sin antes descansar?”*

Fin.